

LA EUCARISTÍA: ¿MEMORIAL O RITO SAGRADO?

La eucaristía es el sacramento central en la vida de las personas y comunidades cristianas. Alimenta nuestra fe y, al participar en ella, recordamos la última cena de Jesús y su mandamiento: “Haced esto en memoria mía”. En la práctica es el sacramento más importante en la religiosidad popular y en la vida de las comunidades. Pero hay más: consideramos la eucaristía como algo tan importante que se convierte en rito sagrado. Y para las personas religiosas no hay cosa más importante que algo sagrado. Además, el hecho de que las reglas rituales permiten sólo a los sacerdotes (personas consideradas sagradas) decir y hacer ciertas oraciones y gestos de consagración (acto de convertir algo en sagrado) refuerza este carácter de sagrado y lleva a las personas a reverenciar la hostia consagrada. “Sacramento central”, “el más importante”, “sagrado”: el paso de un concepto a otro no es un simple uso de sinónimos o equivalentes, sino que manifiesta una cierta comprensión del cristianismo que acaba por reducir la eucaristía a un rito sagrado.

Eucaristia: memorial ou rito sagrado? Convergência 43 (2008) 328-335

La eucaristía y lo sagrado

Los estudiosos de las religiones afirman que la estructura básica de una cosmovisión religiosa es la distinción entre lo sagrado y lo profano. Lo sagrado sería lo que se destaca y se separa del mundo profano (de la vida cotidiana) como una manifestación de una fuerza sobrenatural o divina. En las sociedades marcadas por esta cosmovisión las personas van a lugares sagrados, donde personas sagradas (sacerdotes y sacerdotisas) realizan ritos sagrados y ofrecen sacri-

ficios a los dioses, para recuperar la fuerza y la pureza perdida en los quehaceres profanos, cotidianos, o para pedir un favor especial a los dioses.

En el ámbito de lo sagrado, la obtención de pureza, de fuerza, de salvación o de los favores pedidos depende de la precisión con que se realizan los ritos sagrados. La eficacia de los ritos no depende de la cualidad ético-espiritual de la vida de las personas ni de las acciones realizadas en la vida cotidiana. Es suficiente que estos ritos se realicen correctamente por perso-

nas sagradas, completamente desvinculados de la dinámica socio-política que rige la sociedad.

Esta concepción mágica de la religión presupone el dualismo entre lo sagrado y lo profano. De ahí la pertinencia de la siguiente pregunta: cuando consideramos la eucaristía algo sagrado, ¿estamos reproduciendo la lógica del dualismo entre lo sagrado y lo profano? Es decir ¿consideramos la eucaristía como un acto sagrado, sacrificial, ofrecido a Dios, que por su propia eficacia nos dará la pureza y la fuerza espiritual y la salvación?

Ambigüedad de las afirmaciones

En un breve artículo como éste, no es posible un largo análisis sobre cuestión tan compleja. Pero quiero proponer algunas ideas con el objetivo de fomentar reflexiones y discusiones entre lectoras/es de esta revista. El documento teológico de base para el Congreso Eucarístico Internacional de Quebec, *La Eucaristía: don de Dios para la vida del mundo*, dice: “*Haced esto en memoria mía*. Por estos gestos y palabras Jesús instituyó un nuevo rito, o sea el rito pascual por el cual él substituyó al cordero tradicional, dándose y sacrificándose por amor. Su acto de amor realiza la nueva alianza en su sangre liberando a la humanidad del pecado y de la muerte” (Parte I, 1).

Esta afirmación bastante clara y muy tradicional, puede ser interpretada en el sentido de que la eucaristía es un rito nuevo que substituye un rito antiguo realizado en el interior de la antigua alianza, que no tenía “poder” para liberar a la humanidad del pecado y de la muerte. En otras palabras: el rito de la eucaristía es el único apropiado y eficaz para revivir hoy el acto de amor de Jesús, que se sacrificó para nuestra liberación. Por esto nosotros, los cristianos, debemos continuar “haciendo esto en memoria de él” y en memoria del sacrificio que nos salvó.

El documento teológico del Congreso Eucarístico dice a continuación: “Es siempre impulsado por este mismo amor que Cristo resucitado, en el poder de su Espíritu, actualiza el don de su eucaristía cada vez que la iglesia celebra el rito que recibió de él en la última cena, la víspera de la Pasión. Celebrando este rito sacramental, la iglesia está íntimamente asociada a la ofrenda de Jesucristo y, por consiguiente, al ejercicio de su función sacerdotal para el culto a Dios y la salvación de la humanidad.”

Si interpretamos estos textos y la propia celebración de la eucaristía en el sentido expuesto, la eucaristía pasa a tener valor en sí misma, algo sagrado, independiente por tanto de la vida y de las acciones que ocurren en el ámbito de lo “profano”, es decir en el campo de la economía, de la política, de la cultura, y de la vida cotidiana

familiar y profesional. Y cuando esto acontece, la eucaristía puede convertirse en objeto de adoración “en sí misma”: dar culto a la eucaristía por la pura adoración de la misma. Pero ¿hay algún problema en dar culto a la eucaristía como algo sagrado?

“Ser reo del cuerpo y de la sangre del Señor”

El problema de comprender la eucaristía como un culto sagrado está en utilizar, inconscientemente, las categorías y características de lo sagrado-profano de las religiones pre-cristianas o no-cristianas. En la medida en que pasamos de la celebración más importante o significativa de la vida cristiana a un culto sagrado, pasamos a creer que lo más importante es el cumplimiento preciso de las reglas rituales de la celebración, a creer en la eficacia “automática” de la eucaristía para nuestra salvación. No habría ninguna relación entre la eucaristía y la vida comunitaria, y con las “cuestiones del mundo”, pues la eucaristía, por ser sagrada, estaría separada de estas cuestiones profanas.

Si reducimos el “haced esto en memoria mía” a un culto sagrado y separamos la eucaristía como un rito salvífico, no conseguiremos entender, por ejemplo, la reprensión que Pablo hace a la comunidad de Corinto. La crítica de Pablo no es porque la comunidad no valore la eucaristía, ni por el poco

número de personas que participan, sino por la forma en que se celebra. Y esta crítica no tiene nada que ver con el cumplimiento de las reglas rituales o por el hecho de que presida el culto alguna persona no sagrada. Lo que reprende es la incoherencia entre la vida de la comunidad y lo que se celebra. Diversos miembros de la comunidad están más preocupados en comer cada uno su propia cena, por esto “mientras que uno pasa hambre, otro se embriaga” (1 Co 11, 21).

Estas personas suelen ser las más bien situadas socialmente y, por esta causa, consiguen los mejores puestos en la asamblea de la comunidad. Son las que tienen suficiente para comer y beber en su casa mientras que los miembros pobres de la comunidad no tienen nada que comer. Por esto Pablo dice: “¿No tenéis casa para comer y beber? ¿O es que despreciáis a la Iglesia de Dios y avergonzáis a los que no tienen? (1 Co 11, 22). Para Pablo pues “quien come y bebe del cáliz del Señor sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propio castigo” (1 Co 11, 29).

Rito y coherencia

¿Cómo alguien que participa de un culto sagrado salvífico puede estar siendo condenado precisamente a causa de su participación? En la cosmovisión de lo sagrado-profano, si la persona hace correctamente las purificacio-

nes rituales exigidas, la eficacia del rito depende de la precisión y corrección del sacerdote que hace la ofrenda-sacrificio. Siendo esto así, la crítica de Pablo no consiste en la “impureza ritual”. Lo que critica es la incoherencia entre lo que se celebra (la eucaristía, la cena en memoria de Jesús) y la actitud de las personas y de la propia comunidad en relación al hambre de los más pobres y menos importantes de la comunidad.

La crítica de Pablo no tiene nada que ver con el rito sagrado. En cambio, la crítica por la incoherencia entre la vida concreta y la celebración de la eucaristía presupone una comprensión de la celebración eucarística como un sacramento, un signo del seguimiento de Jesús, y no como un rito sagrado, mágico, que por su mera realización tendría los efectos prometidos. Y esta crítica no se refiere sólo a algunos individuos. Lo que convierte la eucaristía en un mal es que “cuando os reunís en común, eso ya no es comer la cena del Señor, porque [...] mientras uno pasa hambre, otro se embriaga”. Lo que invalida el sacramento es una situación de toda la comunidad, no sólo la disposición de cada individuo.

El problema de esta comunidad es que transformó la memoria de la vida, muerte y resurrección de Jesús en un simple culto, dentro de la lógica sagrado-profano. La celebración de esta memoria, que debería reunir la comunidad en torno al mensaje pascual libe-

rador, que cuestiona, responsabiliza y hace a la comunidad creadora de su propia palabra sobre la historia humana, se transformó en un culto. Lo que debería ser vivido como un sacramento fue transformado en un rito sagrado.

“Haced esto en memoria mía”

La cuestión central de nuestra reflexión es qué entendemos por “haced esto en memoria mía”. Cuando reducimos esta memoria a un culto sagrado, estamos interpretando el mandato de Jesús en el sentido de que celebramos la eucaristía en memoria de la última cena de Jesús. La memoria de la persona de Jesús queda reducida a una circularidad: rehacer la cena en memoria de la cena. Toda su vida de predicación y lucha por el Reino de Dios desaparece o pasa a un segundo plano. La memoria de Jesús queda reducida a un símbolo o mito religioso que apaga la vida de Jesús.

Los discípulos de Jesús y las primeras comunidades cristianas tuvieron la preocupación de repetir y, después, poner por escrito las enseñanzas y la práctica de Jesús, para que esta memoria no pudiera ser desfigurada por deseos humanos o por nuestras necesidades psicológico-religiosas, pudiese continuar cuestionándonos y llamándonos a la responsabilidad de anunciar el Reino de Dios como respuesta a los clamores de las per-

sonas oprimidas que suben hasta el cielo. Como dice José Comblin: “Jesús pidió que se hiciera memoria de su muerte y de su resurrección. Este acto de memoria no era un acto de culto. [...] El culto tiende a alejar, siempre más, la memoria del verdadero Jesús. El culto exalta un Jesús simbólico, transformado, porque es revestido de atributos religiosos, pero la memoria de Jesús tiene por objeto la vida real de Jesús en esta tierra y sus enseñanzas. [...] Estas personas (apegadas al culto a Jesús) conocen un Jesús hecho de símbolos que satisfacen su necesidad religiosa, sin percibir la diferencia entre la enseñanza de Jesús y la propia psicología religiosa”.

Celebrar la eucaristía en memoria de Jesús no es una discusión para ver cuál es la iglesia que posee el rito más eficaz de salvación, o salir de la historia para entrar en un espacio y un tiempo sagrados. Celebrar la memoria de Jesús es preservar la unidad del tiempo de Jesús, sus enseñanzas y sus prácticas, con el nuestro, con nuestras prácticas en el seguimiento de Jesús. Sin este recuerdo, perdemos el sentido de pertenecer a una historia, a una tradición espiritual que llega hasta nosotros porque generaciones y generaciones de cristianos mantuvieron la memoria y nos transmitieron la buena noticia de Jesús encarnado en la historia humana. Como dice J. Moltmann: “Si sólo existiésemos día a día, perderíamos la identidad. Solamente por medio de la memoria es posible

preservar la continuidad del tiempo. Las religiones históricas de la biblia viven de la memoria y del recuerdo. Esto queda incomparablemente claro en la memoria judía de la historia *Zachor*. ¡Acuérdate!”.

La misión de Jesús y la nuestra

Debemos siempre recordar que Jesús vivió su vida en torno a su misión: “Anunciar a los pobres la buena nueva, proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (cf. Lc 4, 18-19). Él fue ungido por el Espíritu para proclamar el Reino de Dios, un Reino de justicia y fraternidad, de vida en abundancia para todas las personas, especialmente para aquellas que viven una vida en condiciones infrahumanas y mueren antes de tiempo.

Al asumir también nosotros esta misión debemos tener la conciencia de que no anunciamos una religión a un mundo sin religión, sino que anunciamos el Reino de Dios a un mundo movido por un espíritu idolátrico. La cultura de nuestro tiempo que sustenta e impulsa el actual proceso de globalización económica, clasifica las personas de acuerdo con su capacidad de consumo. Las personas que consumen mercancías con marcas famosas son consideradas “personas de bien”, mientras que

los pobres son considerados “pecadores”, porque son “consumidores falsos”. El espíritu que mueve nuestra cultura de consumo es la lucha de cada uno para consumir más que el otro. Parafraseando a Pablo, podemos decir que “cada uno se apresura a consumir”, por esto, “mientras que muchos pasan hambre, las personas de ‘bien’ se embriagan consumiendo”.

Vivimos en un mundo donde millones de personas están condenadas a la exclusión social y a la muerte prematura, en que se destruye el medio ambiente en nombre de la acumulación ilimitada de riqueza y del consumismo frenético sin fin. La biblia llama a esto idolatría. Y la idolatría es seductora: promete éxito y tranquiliza la conciencia.

Para no caer en esta tentación hemos de seguir el mandato de “haced esto es memoria mía”, es decir, celebrar la eucaristía como el sacramento que sintetiza las luchas y el deseo de Jesús: un mundo en

el que las personas, reconciliadas entre sí y con Dios, reparten el pan y el vino como signo de fraternidad y de compromiso de seguir luchando para que todas las personas tenga vida en abundancia.

La memoria de Jesús nos convoca a luchar por una sociedad movida por un espíritu más humano y más divino que permita que todos vivan en dignidad y justicia. La lucha no será fácil. Pero nos sabemos llamados a seguir los caminos de Jesús, aunque muchas veces estos caminos entren en conflicto con sectores eclesiales o discurren fuera de la iglesia institución. Lo más importante es seguir el camino de Jesús, celebrando en la eucaristía la memoria que nos hace perseverar en la fe y en la lucha, y que alimenta la esperanza de que, como Jesús resucitado, un “día” -en el “tiempo” escatológico, distinto del actual- viviremos en plenitud lo que ya experimentamos de modo limitado: el Reino de Dios.

Tradujo y condensó: CARLES PORTABELLA, S.J.